

RECENSIONES

LURIA, S. JA. *Źazyk i kultura mikenskoj Grecii*.—Akademija Nauk S. S. S. R.—Institut Istorii. Moskva-Leningrad 1957, 402 pp. y 50 grabados. 14 rublos.

El innegable interés que ha despertado la micenología entre lingüistas, filólogos e historiadores se hace patente en la aparición, en el breve espacio de un año, de tres obras de conjunto sobre los problemas planteados por el desciframiento del micénico. Las dos ya bien conocidas de Ventris-Chadwick y de Gallavotti y el libro que nos ocupa, del Profesor Luria. En espera de que este trabajo se publique en una lengua más accesible nos proponemos sintetizar el contenido del libro y hacer algunas observaciones sobre algunas de las ideas que en él desarrolla.

El contenido del libro del Prof. Luria responde claramente al título. Una primera parte está dedicada a la lengua (pp. 27-187), consagrandole la segunda a una exposición de la organización política, religiosa, social y económica del mundo micénico. Cierran el libro una selección de 23 tablillas, transcritas y traducidas, y un breve vocabulario.

En el prólogo hace el autor una breve síntesis de la historia del desciframiento (cf. ahora J. Chadwick, *The Decipherment of Linear B*, Cambridge, 1958), y dedica, en una postdata (el libro se fecha en 3 mayo 1956) un cálido recuerdo al genial y malogrado Ventris, cuya sensible muerte ocurrió cuando el libro había sido ya entregado a la imprenta.

Antes de pasar a los problemas que plantea la escritura micénica establece Luria un cuadro de las semejanzas entre el silabario micénico y el chipriota (cf. p. 27), y toma posición definida en la cuestión de la relación existente entre la lengua y su representación gráfica en Chipre, sosteniendo que muchos de los rasgos gráficos responden a problemas reales de pronunciación: el hecho es importante para comprender muchos de los puntos de vista del autor respecto a la lengua micénica, en la cual quiere reconocer una serie de rasgos fonéticos comunes con el chipriota, muchas veces explicados como fenómenos de sustrato anatólico.

El razonamiento nos parece un tanto imperfecto, habida cuenta la diferencia cronológica que separa los hechos micénicos de los chipriotas. Con todo, el método de Luria puede ser un buen intento de replantear el problema de la pronunciación real del griego de la época histórica. Es interesante, por ejemplo, su tesis de la existencia, ya en micénico, de vocales de apoyo (p. 66 s.). Señalaremos, con todo, que su intento de ver anaptixis en la palabra *se-re-mo-ka-ra-o-i* queda destruído si se acepta la explicación de Mühlestein (*Glotta*, XXXVI, 1957, pp. 152-156).

Naturalmente, no podía faltar un intento por atribuir nuevos valores a algunos de los signos del silabario. No siempre, empero, es fácil aceptar las nuevas lec-

turas de Luria. Así su intento por leer el signo *35 como e_2 nos parece inaceptable: su razonamiento se basa en la lectura de PY Va 15 donde suple en [.] *-ra-ka-te-ra* un *pa-*, transcribiendo la palabra como *παρακαθηραι*. Basándose en esta interpretación, lee *35-*ka-te-re* como *εκαθηρε*. Pero la preposición-proverbio del griego común *παρά* es en micénico *pa-ro*, con lo cual se derrumba toda la base de su lectura (p. 43 s.). Luria sólo señala un caso de *para*, que Gallavotti interpreta como un topónimo. No convence demasiado tampoco su propuesta de leer *29 como pe_2 . En cambio creemos que merece tenerse en cuenta su lectura de *34 como pa_2 , lectura que permite interpretar en Vn 130 *34-*to-pi* como *πάντοφι*. En p. 66 apunta, con cierta reserva, la posibilidad de *22 = *ku*.

Amplio comentario merecería su interpretación de la fonética micénica, pero el espacio nos impide extendernos demasiado. El autor ve en el micénico una lengua profundamente influenciada por las lenguas egeas, lo que da al micénico un carácter profundamente «original». Así, renuncia a interpretar los casos de fluctuación entre *e/i* (cf. ahora el trabajo de Hester en *Minos*, VI, 1, 1958, páginas 24 s.) como simples hechos de grafía; lo mismo vale para los casos *o/u*, *ā/ē*, la indiferenciación entre *-r-*, *-l-*, la desaparición de *-n-* ante consonante (pp. 90 y 95), las fluctuaciones entre *d/t*, la débil pronunciación de *-r-* (así Lurie compara *Pereqota* con *Peqota*, donde se puede pensar en una simplificación o en un *Per-*, p. 101). Otras veces el autor duda, como en p. 170 en que no se decide, en el caso de *pei* entre un *περί* o un *σφεις*. La debilidad de la pronunciación de *s-* ante consonante o en posición intervocálica es asimismo deducida de fenómenos parecidos en dialectos posteriores influídos por el sustrato anatólico.

Esta interpretación de la fonética del micénico (que en algunos casos se acerca un tanto a los puntos de vista de Georgiev) la fundamenta el autor del modo siguiente (p. 106): «La lengua de las inscripciones micénicas es, evidentemente, la lengua griega de unos escribas no griegos y de un grupo reducido de habitantes de las ciudades del E. y S. de Grecia, en gran parte de origen no griego; en el campo, la primitiva lengua griega pudo conservarse en toda su pureza. Cuando las oleadas de nuevos invasores dorios destruyeron... la cultura micénica, dieron la victoria a la lengua del campo... De estas lenguas se formaron posteriormente los dialectos griegos, pero en el radio de los grandes centros de la cultura micénica —Micenas, Arcadia, Trifilia, Creta y Chipre— perduraron los rudimentos de esta fonética original.» La explicación nos parece expuesta a graves objeciones. En primer lugar Luria da como sentado que las fluctuaciones gráficas reflejan siempre hechos de lengua, lo cual está lejos de ser compartido por todos los especialistas. El problema se abordó en el Coloquio de Gif-sur-Yvette. Pero, por otra parte, hay un punto en el que insiste Lurie y que rebaja un tanto sus propios puntos de vista: la lengua de las tablillas tiene como autores escribas *no griegos* (cf. p. 107). De ello se deduce que los reflejos de la fonética indígena en las inscripciones pueden muy bien responder a la lengua de los escribas, no a la estructura del micénico. Habría sido interesante que planteara aquí Luria la cuestión paleográfica, pues parece seguro, después de los estudios de Bennett, que hay correspondencia entre las diversas manos que han redactado los textos y algunas diferencias «dialectales», o por lo menos en las fluctuaciones de escritura. En todo caso, el problema no está todavía resuelto.

En la cuestión relativa al grupo dialectal en que deba enmarcarse el micénico, Luria critica los puntos de vista de Risch (p. 175 s.) negando que el cambio fonético del paso de \bar{a} a η pueda ser indicio a utilizar como cronología absoluta. Para Luria la lengua de las tablillas debe incluirse dentro del «aqueo», entendiendo por tal el arcadio-chipriota, panfilio y eolio. Estos dialectos están ya contenidos *in nuce* en el micénico; este «aqueo» se opondría ya en el siglo XV-XIV al jonio, cuya existencia deduce del hecho de que en los textos hallamos tanto Ἀχαΐα como Ἰάονες (KN C 914; X 146, 2). Sobre la situación dialectal micénica opina el autor que en los siglos XIV-XIII había una fragmentación dialectal mayor todavía que en los siglos VI-V (cf. últimamente sobre este importante punto, y en sentido opuesto, los trabajos de Cassola, *La Ionia nel mondo miceneo*, Nápoles, 1957, 154 s., y Gallavotti, *Riv. di Filologia*, 1958, 113 s.)

Dentro de la morfología acaso el punto más interesante sea su estudio (página 137 s.) de la «heteroclisís», capítulo del que se desprendería que algunas de las formas homéricas «rehechas *metri causa*» (como el tipo Πάτροκλος / Πατροκλήος) tendrían una base real lingüística en el dialecto micénico. Discutible nos parece, a este respecto, su tesis de que dentro de esta declinación heteróclita deba entrar la palabra ἄναξ, y que el nominativo *wa-na-ka* haya que interpretarlo como gr. Φανάκας (p. 140). Tampoco nos parece aceptable su hipótesis de la existencia de un sufijo -φα que el autor quiere reconocer en, por ejemplo, PY Jn 601, 9: *to-so-pa ka-ko*. Nos parece más aceptable la interpretación de Ventris como τόσος πᾶς χαλκός. Por otra parte, y a pesar del ejemplo chipriota que Luria invoca (p. 153) no creemos que *me* pueda interpretarse como un acusativo del personal de primera persona. La lengua de las tablillas es demasiado impersonal para que aparezca el «estilo-yo». Mejor entenderlo como μιν: *da-mo-de-mi pa-si*, en Eb 297, hay que entenderlo, pues, como δᾶμος δὲ μιν φᾶσι.

Luria entiende (cf. el vocabulario s. v.) *o-za-a₂* como un sustantivo en el valor de «lote». El intento no es nuevo, y ya Furumark y Georgiev habían propuesto tal interpretación. Pero como Ventris-Chadwick han visto (cf. *Documents*, s. v. *odaa₂* del vocabulario) «tal valor no lo apoya el contexto».

Hay en cambio en esta parte del libro algunas sugerencias e interpretaciones que merecen tenerse en cuenta: así la explicación de las diferencias *pe-mo/pe-ma* como σπερμός/σπερμά, la explicación de *qe-qi-no-to* como πεπινωτός («pintado», cf. πῖναξ), interpretación a la que han llegado, independientemente de Luria, Chantraine y Dessenne (*Rev. Et. Gr.*, LXX, 1957, pp. 301 ss.); finalmente la interpretación de *pe-pa₂-to* como βεβατόν, sugerida ya por Palmer.

El capítulo dedicado a la religión (pp. 285-314) reproduce, a veces literalmente, el artículo que el autor publicó en *Minos*, V, 1957, pp. 41 ss. En la discusión sobre la organización política y social hay algunas hipótesis dignas de tenerse en cuenta: Su interpretación de *te-re-ta* como τελεστάς es un nuevo paso contra la tesis feudal, que iniciara Adrados y que ha apoyado, en este punto concreto, Chadwick (p. 225 s.). El debatido *me-ri-da-ma-te* es interpretado (página 226 s.) como μελλι-δαμαρτες, dando al segundo término un valor institucional, recientemente sostenido por Lejeune. *Mo-ro-pa₂*, con Georgiev, es explicado por Luria como μολπά e interpretado como una institución, aludiendo a la existencia de un colegio de μολποί en Mileto y la glosa de Focio (201, 9 Her-

mann): μόλπησ μετὰ τοὺς λ' δέκα ἄνδρες ἦρχον ἐν τῷ Πειραιεῖ, ὧν εἷς ἦν ὁ μόλπησ. Finalmente diremos que *e-ge-ta* (p. 326 s.) es leído *ιππέτας*, con lo que abandona Luria la tesis de un *ἐκ^vετας*.

Pocas erratas hemos observado en el texto. Señalemos, sin embargo, que casi sistemáticamente aparece el espíritu áspero donde se requiere el suave (por ejemplo p. 73 *εἰρήνη*). En el cuadro de los valores fonéticos del silabario (p. 35), léase, en el signo *71 *ve₂* por *ve* (cf. p. 136).

JOSÉ ALSINA

Av. Gmo. Franco, 366.
Barcelona.

GRUMACH, E., *Minoica. Festschrift zum 80. Geburtstag von Johannes Sundwall.* Herausgegeben von —. Berlin 1958. Akademie Verlag. VIII - 465 pp.—XXIV láminas fuera de texto. Rústica. 84 DM.

La Sección de Antigüedad Clásica de la Academia de Ciencias de Berlín ha tenido la feliz idea de convocar a los especialistas en arqueología, filología y lingüística del mundo egeo para rendir público homenaje a la figura benemérita del Profesor Johannes Sundwall (cf. *Minos*, IV, 1956, p. 182). El fruto de esta iniciativa es un espléndido volumen de casi quinientas páginas, en el que se reúnen una serie de valiosos trabajos, dignos sin duda de los muchos méritos del homenajeado, de cuya admirable actividad científica da idea la lista de publicaciones que figura en las pp. 461-465, recopilada el 31.1.58).

Las primeras contribuciones del Profesor Sundwall, en principio dedicadas a la historia griega, datan de 1905. En 1911 se manifiesta ya su interés por las lenguas anatólicas con la aparición, en *Klio*, XI, pp. 464-480, de un estudio sobre las inscripciones carias y los nombres conservados en ellas, que es seguido, en 1913, por una monografía sobre *Die einheimischen Namen der Lykien nebst einem Verzeichnsse kleinasiatischer Namenstämme (Klio Beiheft 11)*. Desde 1914, en que el homenajeado se interesa por las escrituras minoicas («Über die vorgriechische lineare Schrift von Kreta», *Öfversigt af Finska Vetenskaps-Societets Förhandlingar*, Afd. B. 56.1), hasta 1957, en que se cierra la lista, son impresionantes en número y en calidad las aportaciones con que el Profesor Sundwall ha enriquecido la bibliografía de nuestros estudios, algunas de las cuales ha tenido *Minos* el privilegio de publicar en sus páginas. Entre ellas no fué ciertamente la menor la de dar a conocer textos de los archivos de Cnosos, liberándolos del secreto de los arqueólogos, dieciséis años antes de que salieran a la luz los *Scripta Minoa II*.

Los treinta y seis trabajos que componen este volumen aparecen por orden alfabético de autores. Un grupo de ellos se ocupa de cuestiones puramente arqueológicas (así las contribuciones de St. Alexiou sobre el anillo de Oxford, pp. 1-5; P. Faure, «Le mont Iouktas, tombeau de Zeus», pp. 133-148; G. E. Mylonas. «The Grave Circles of Mycenae», pp. 276-286; H. Reusch, «Zum Wandschmuck des Thronsaales in Knossos», pp. 334-358; H. Sulze, «Die Zim-

mermannsarbeit der mykenischen Bauten», pp. 394-401; A. Xenaki-Sakellariou, «Sur le cachet prismatique minoen», pp. 451-460). Problemas puramente lingüísticos son tratados por L. Deroy, «Le foudre et le bât. Note d'étymologie préhellénique», pp. 128-132, y por A. J. Windekens, «Homerica et Pelasgica», pp. 446-450, en tanto que W. Brandenstein estudia la lengua y la escritura de Side de Panfilia, pp. 80-91.

El resto de las contribuciones toca más o menos directamente cuestiones de forma o de contenido de los epígrafes minoicos, por lo que remitimos a las correspondientes crónicas bibliográficas de esta revista (s. A. J. Beattie, C. W. Blegen, E. L. Bennett, H. Biesantz, H. Th. Bossert, H. G. Buchholz, J. Chadwick, P. Chantraine, Vl. Georgiev, E. Grumach, J. E. Henle, K. D. Ktistopulos, S. Luria, Sp. Marinatos, P. Meriggi, W. Merlingen, E. Peruzzi, V. Pisani, N. Platon, G. Pugliese-Carratelli, J. Puhvel, M. S. Ruipérez, Fr. Schachermeyr, H. L. Stoltenberg, A. Tovar y F. J. Tritsch), a las cuales hay que añadir la publicación de tres nuevos textos greco-chipriotas por T. B. Mitford, pp. 260-275.

Destaquemos por su importancia el estudio del meritisimo excavador de Pilos, Profesor C. W. Blegen, que, revisando los datos y criterios con los que Evans dató las tablillas de lineal B de Cnossos, sugiere la posibilidad, a reserva de ulterior fundamentación, de que el incendio del palacio de Cnossos, al que debemos la conservación de las tablillas, se produjese en el Minoico reciente III B. Es decir, se trataría, en Cnossos, de textos contemporáneos de los Pilos y Micenas, lo cual explicaría la uniformidad de la escritura micénica, sin paralelos en la historia de la paleografía griega si hubiera que seguir admitiendo una distancia cronológica de dos siglos entre los archivos de Cnossos y los de Pilos y Micenas.

Llaman la atención en este volumen los trabajos que más o menos abiertamente se muestran opuestos al desciframiento de Ventris, por lo que puede tener algún interés una breve caracterización de sus respectivas posturas.

Sólo de pasada alude al lineal B el Prof. Grumach en su estudio «Zur Frage des x-Initials in den hieroglyphischen Inschriften», pp. 162-191, y ello para apoyar su teoría de que el signo de la doble hacha, el trono y la «puerta» son ideogramas prepositivos que deben ser separados del grupo de signos fonéticos que les siguen. Ciertamente, el autor remite al cuadro con dibujos de la página 191, sin utilizar transliteración alguna (pero nosotros por comodidad material utilizamos los valores fonéticos de Ventris) y pretende analizar un ideograma en *a-*, *o-*, *ja-* de series como éstas: *pe-re / a-pe-re / o-pe-re-ta ja-pe-re-so*; *o-pi / a-pi*; *a-u-ge / o-u-ge*; *ke-u-po-da / a-ke-u / o-ke-u*. El método es grosero: operando así se llegaría, en cualquier escritura fonética (silábica o alfabética), a definir como signos no fonéticos muchos de los que aparecen en comienzo de palabra. Es realmente sorprendente que se prefiera una mera observación superficial como ésa a un estudio del contexto entero de cada documento, que es el mejor control de la exactitud de la mayoría de los valores fonéticos asignados desde Ventris a los signos silábicos.

En lugar de hacer la prueba interna y llegar por consideración de las probabilidades a la certeza de la exactitud del desciframiento, también A. J. Beattie y Miss J. E. Henle prefieren atenerse a observaciones formalistas y a postulados

apriorísticos. De la calidad de las objeciones lingüísticas de Beattie puede dar idea el hecho de que (p. 15) llame «linguistic monstrosities» en PY UN 267 un aoristo sin aumento, un dativo en *-ei* y la construcción final *aleiphátei zeso-ménōi*, donde B., aplicando reglas de gramática normativa del griego clásico, espera un infinitivo activo o pasivo. Miss Henle, por su parte, no admite por principio que una misma palabra aparezca, en una misma frase, en notación fonética e ideográfica; por lo cual, si el ideograma es ESPADA («SWORD»), el grupo silábico que se lee en la misma línea no puede ser *pa-ka-na* = *phásgana*. Este grupo silábico —añade la autora (p. 195) anticipándose a una posible objeción— se encuentra en las «sword tablets» por la única razón de que representa una palabra cuyo sentido tiene que ver con las espadas. ¿Y por qué no ha de ser *phásgana*? Miss Henle se cierra las puertas para la solución más simple. Pero no vale la pena extenderse en estas críticas, después de que se ha publicado la contundente defensa del desciframiento por el Profesor F. Schachermeyr, *Saeculum*, X, 1959, pp. 48-72.

ESPERANZA ALBARRÁN

Ayala, I.

Salamanca.